

[Publicado en *El Periódico de Aragón*, Zaragoza 15-VII-1998)

Las Alicia y el censo

Guillermo Pérez Sarrión

Lo que pasa en Aragón con el PSOE, ahora tras el rocambolesco recuento de votos de las elecciones primarias, alcanza ya categoría literaria, evocando en este caso la versión filmica de Disney de la obra de L. Carroll *Alicia en el país de las maravillas*. Alicia se duerme bajo un árbol y empieza a soñar que cae por un túnel largo y negro hacia un país imaginario: al principio la caída es rápida y siente horror y temor, pero luego se imagina cayendo suavemente, levitando, hacia un mundo de árboles llorones, gatos que ríen y reinos de naipes.

Como Alicia, algunos de estos políticos socialistas al principio sentían horror por la caída; pero ahora, como acostumbrados a ella, quieren creer que ya no es para tanto, que es un planeo suave. Pero olvidan que la caída sigue, y sobre todo lo más importante: que el túnel de los sueños ha acabado por situarles en un país imaginario donde han sustituido la realidad por la ficción. Han acabado de Alicia refugiadas en un País de las Maravillas personal, en una realidad virtual que creen poder cambiar a voluntad base de declaraciones públicas, gabinetes de prensa y cambios de imagen.

Pero no. Hay una realidad real, que es otra. Cuando un partido pierde el poder debe hacer autoanálisis crítico, mejorar su funcionamiento interno, renovar razonablemente a sus dirigentes, y debatir nuevas propuestas políticas para presentarse nuevamente ante los electores. Nada de esto ha sucedido en el PSOE aragonés, y lo grave del asunto es que en democracia nadie: ni los medios de opinión, ni la sociedad civil, ni por supuesto otros partidos, salvo sus propios miembros, puede hacer esta tarea, que les corresponde exclusivamente a ellos. La renovación sólo puede empezarse desde dentro, y el cuerpo social exige que los propios miembros y aquellos de sus dirigentes que todavía tienen lucidez, que los hay, que sean capaces de iniciarla con urgencia y decisión.

Las elecciones primarias internas eran una magnífica idea, pero en un contexto como el de aquí no han funcionado bien por dos factores importantes que se pasan por alto. El primero es muy elemental: el PSOE de Aragón como empresa simplemente funciona mal. Los largos años de ejercicio del poder y un defectuoso proceso de selección de personal han hecho crecer en su seno una coriáceo grupo burocrático, mezcla de empleados del partido y servidores-para-toda-la-vida, muy profesionalizado, cuyos integrantes no se sienten responsables de nada, son candidatos a todo y confunden los intereses colectivos con los suyos propios. Las elecciones se perdieron, pero nadie dimitió. Esta capa dirigente sigue exactamente donde estaba.

El segundo factor es resultado político del anterior: el ahogamiento de la cultura democrática interna. La casta va dejando de servir al partido y acaba sirviéndose de él a base de desarrollar redes clientelares que le apoyen, cuanto más amplias mejor. El debate político sobre ideas y programas va desapareciendo, y las asambleas participativas dejan de ser foros de participación y control democrático para convertirse en instrumentos para asegurarse apoyos. ¿Alguien conoce los argumentos políticos, centrales o secundarios, en torno a los que se agrupan las facciones que han protagonizado los recientes conflictos? Nadie: no los hay. Todo va previamente negociado, decidido y repartido por estos profesionales, e incluso los medios de comunicación son invitados a estar presentes en ciertas votaciones, que además frecuentemente son a mano alzada.

Dos mecanismos perfectos para asegurarse los votos previstos y cortar el debate en libertad.

El proceso por su propia lógica se extiende, alcanza la propia gestión administrativa, y lleva finalmente a que el control del censo de afiliados pase de ser mera tarea burocrática a convertirse en objetivo decisivo. El repaso de las hemerotecas alumbra toda la galería de desgracias publicitada que contiene: fallecidos que votan, familias y empresas que aparecen súbitamente afiliadas en bloque desequilibrando votaciones para desaparecer después, traslados de carnets que deliberadamente se olvidan en un cajón durante años, altas que no se admiten según quién las recomienda, agrupaciones locales con decenas de miembros que en las elecciones son sólo media docena de votos, e incluso alguna provincia donde misteriosamente hay más agrupaciones locales que pueblos.

Con un censo así no se puede hacer política, sólo el ridículo. Sólo esto explica el conflicto suscitado en la votación sobre los dos candidatos a la DGA. Si las diferencias son grandes (caso del ayuntamiento) el censo las soporta y aparentemente no pasa nada. Pero si como es el caso son pequeñas el censo, según esté actualizado o no en cada caso y según se lea, altera la votación y da resultados distintos a favor de uno u otro candidato. A partir de ahí la discusión está servida: no somos nosotros los que lo hemos alterado sino ellos, dicen ambos. Y claro, en el barullo se olvida lo esencial: el problema no es quién ha ganado, sino que la estructura administrativa que en primera instancia garantiza la democracia interna está deshecha. El censo es ya sólo un instrumento de poder, y simplemente no soporta una operación así. Detrás de él ya no hay nada, sólo líderes que compiten ante las cámaras. Los que han ido destrozando cuidadosamente el censo, que creían tenía sólo uso interno nunca pensaron que podía ser necesario utilizarlo en unas primarias. El pastel ha quedado a la vista.

La crisis del PSOE debe resolverse con humildad empezando desde abajo. Hay que pedir responsabilidades, reorganizar el censo y la administración interna, restaurar una cultura democrática, y exigir el retiro político a algunos responsables regionales que siguen sin darse cuenta que hoy ya no son la solución a un problema, sino que son el problema. Hay, en fin, que recuperar el sentido moral de la práctica política, que no es un fin en sí misma sino un medio para cambiar la sociedad. Y si esto no es así las Alicia's quizás seguirán en su País de las Maravillas, pero el PSOE seguirá en el limbo, no podrá hacer oposición, volverá a perder las elecciones, y todo seguirá igual o peor.

(1.022 palabras)